

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO PRIMERO

Tiro de Ballesta.

SOLDADOS y VECINOS, armados con ballestas. SOEFT, mercero.
JETTER, sastre, se adelanta y tiende el arco

SOEFT.—¡Tirad de una vez, y acabóse! A mi no me habéis de ganar. ¡Tres sortijas en lo negro! En todos los días de vuestra vida habéis hecho otro tanto, y por este año, quedaré maestro.

JETTER.—Maestro, y además rey. ¿Quién os lo disputa? Por eso debéis pagar escote doble, pagar vuestra habilidad, como es justo.

BUYCK, holandés, soldado de Egmont.

BUYCK.—Jetter; os compro el tiro. Repartiremos ganancias, y convidaremos á estos señores: tiempo hace que estoy debiendo aquí muchas atenciones. Si pierdo, es como si vos hubieseis tirado.

SOEFT.—Yo debería hablar sobre el particular, porque realmente salgo perdiendo; pero, á pesar de todo, Buyck, me conformo.

BUYCK.—(Tira.) Ahora, señor loco, la reverencia (1).
¡Una, dos, tres, cuatro!

SOEFT.—¿Cuatro sortijas? ¡Sea!

TODOS.—¡Viva el rey! ¡Viva! ¡Viva!

BUYCK.—Gracias, señores: maestro, ya sería demasiado; gracias por el honor.

JETTER.—A vos mismo es á quien debéis dar gracias.

RUYSUM, de Frislandia, inválido y sordo.

RUYSUM.—¿Cuando yo os lo digo!

SOEFT.—¿El qué, anciano? (Alzando la voz.)

RUYSUM.—¿Cuando yo os lo digo! Tira como su señor; tira como Egmont.

BUYCK.—A su lado no soy sino un pobre pelele. Con el arcabuz, sobre todo, tira como nadie en el mundo. ¡Y no hay que decir que es cuando está en vena ó de humor, no! Como quiera que se eche el arma á la cara, siempre da en el blanco. De él he aprendido. ¡Buen mozo sería el que, sirviendo á su lado, no aprendiese nada de él! ¡No hay que olvidarse, señores! ¡Un rey alimenta á sus vasallos: así, pues, venga vino á cuenta del rey!

JETTER.—Hemos concertado entre nosotros que cada uno...

BUYCK.—Yo soy extranjero y rey, y no acato vuestras leyes y costumbres.

(1) En las sociedades de tiro había como marcador una especie de bufón, y á cada blanco que se daba, hacía su reverencia.

JETTER.—Pues eres peor que el español, que hasta ahora ha tenido que acatarlas.

RUYSUM.—¿Qué es?

SOEFT.—(Recio.) Quiere convidarnos y no consiente que vayamos á escote, pagando él, como rey, el doble solamente.

RUYSUM.—¿Dejadle hacer sin sentar precedente! Esa es también la manera de su señor; ser rumboso y hacer en grande las cosas cuando van de buenas. (Traen vino.)

TODOS.—¡A la salud de Su Majestad!

JETTER.—(Á Buyck, con intención.) A la de Vuestra Majestad, se entiende.

BUYCK.—Mil gracias, aunque así sea.

SOEFT.—¡Conformes! Porque á la salud de la majestad española, no bebe de corazón un buen neerlandés.

RUYSUM.—¿De quién?

SOEFT.—(Alto.) De Felipe II, rey de España.

RUYSUM.—¡Nuestro benignísimo rey y señor! Dios alargue los días de su vida.

SOEFT.—¿No preferíais á su señor padre Carlos V?

RUYSUM.—¡Dios le tenga en descanso! Aquél si que era un señor. Tenía mano sobre el Universo entero y era el todo en todo, y cuando os encontraba, os saludaba como un vecino á otro vecino; y cuando os atemorizabais, sabía él con tan buenas maneras... ¿Me entendéis? Salía á pié y á caballo cómo y cuándo le ocurría, con muy poca gente. ¡No; que no lloramos todos cuando cedió á su hijo el gobierno de aquí!... Digo, ¿me entendéis?... Este es otra cosa, es más majestuoso.

JETTER.—Cuando estuvo aquí, no se dejó ver más que con pompa y atavíos regios. Habla poco, según dicen.

SOEFT.—No es señor para los neerlandeses. Nuestros príncipes han de ser alegres y francos, como nosotros; vivir, y dejar que se viva. Aunque somos unos pobres diablos, no queremos ser despreciados ni oprimidos.

JETTER.—Yo pienso que el rey sería más benigno amo si tuviese mejores consejeros.

SOEFT.—¡No, no! No tiene genio para nosotros, su corazón no se inclina al pueblo, no nos quiere; ¿cómo le hemos de querer? ¿Por qué todo el mundo es tan aficionado al conde Egmont? ¿Por qué le traemos todos en palmitas? Porque vemos que nos quiere bien, porque en sus ojos se ven la alegría, la franqueza y la buena intención; porque no posee nada que no reparta con el necesitado y aun con el que no lo es. ¡Viva el conde de Egmont! Buyck, á vos os corresponde el primer brindis: brindad por la salud de vuestro señor.

BUYCK.—Con toda mi alma. ¡Viva el conde Egmont!

RUYSUM.—¡Al vencedor de San Quintín!

BUYCK.—¡Al héroe de Gravelinas!

TODOS.—¡Viva!

RUYSUM.—San Quintín fué mi última batalla. Apenas podía adelantar un paso ni arrastrar el pesado arcabuz, y, sin embargo, todavía se lo disparé á los franceses á quema-ropa, y entonces, por despedida, me alcanzó un balazo en la pierna derecha.

BUYCK.—¡Gravelinas! ¡Amigos, aquello si que fué ca-

liente! Exclusivamente nuestra fué la victoria. ¿No pusieron los perros del Oeste todo Flandes á sangre y fuego? Pero dimos con ellos: ¡me parece! Mucho resistieron sus veteranos forzudos, pero al fin, con nuestro empuje, nuestros disparos y nuestras picas, tuvieron que hacer la mueca y romper filas. A Egmont le mataron el caballo que montaba, y allí anduvimos por aquellos extensos arenales hasta el mismo mar peleando, hombre contra hombre, caballo contra caballo, pelotón contra pelotón. De repente, de la embocadura del río empiezan como venidos del cielo ¡bum! ¡bum! cañonazos sobre los franceses. Eran ingleses al mando del almirante Malm, que pasaba casualmente viniendo de Dunkerque. En verdad, no nos ayudaron gran cosa; sólo podían acercarse con las embarcaciones menores, y eso poco, y nos tiraban también á nosotros. Con todo; ¡fué bueno! Desbarató á los del Oeste y nos levantó el ánimo. ¡Entonces fué ella! ¡Ric! ¡Rac! Todos caían; ¡todos a! agua! ¡Y era de ver cómo se iban al fondo, en cuanto bebían un sorbo! Los holandeses nos echábamos detrás, y como somos anfibios, nos encontrábamos en el agua como las ranas y ¡hala! á estocadas con los enemigos en el río, tirándoles de lejos como á los patos. Los que lograron escapar murieron en la retirada á manos de los campesinos, armados con azadas y forcas. Su Majestad del Oeste no tuvo más remedio que tender la pata y hacer la paz. Y esta paz nos la debéis á nosotros, se la debéis al gran Egmont.

Todos.—¡Viva el gran Egmont! ¡y viva! ¡y viva!

JETTER.—Si nos lo hubiesen puesto por Regente en lugar de Margarita de Parma...

SOEFT.—¡No digáis eso! ¡La verdad es la verdad! Yo no consiento que se ofenda á Margarita. Ahora me toca á mí. ¡Viva nuestra graciosa señora!

Todos.—¡Vival!

SOEFT.—¡En verdad, hay excelentes mujeres en esta casa! ¡Viva la Gobernadora!

JETTER.—Es discreta y moderada en todo lo que hace. ¡Si no se mantuviese tan firme y obstinada en favor de los curas! No está inocente en lo de las catorce nuevas mitras que tenemos en el país. ¿A santo de qué vienen? ¿No será para colocar extranjeros en los buenos puestos, que antes se proveían por abades elegidos en los capítulos? ¡Y nos quieren hacer creer que es por el bien de la religión! ¡Ya; entendido! Con tres obispos teníamos bastante y todo se hacía ordenada y decorosamente. Ahora, cada uno tiene que hacer como si fuese necesario, y de ahí resultan, á cada momento, disgustos y querellas, y cuanto más se menea la cosa, más se enturbia. (Beben.)

SOEFT.—Así lo quiere el Rey: ella no puede poner ni quitar nada en eso.

JETTER.—Y ahora nos prohíben cantar los salmos nuevos, que por cierto están puestos en versos muy bonitos y con música muy edificante. Pero no debemos cantarlos; en cambio, canciones truanescas, cuantas nos dé la gana. ¿Por qué? ¡Porque dicen que tienen herejías y cosas!... ¡Sabe Dios! Yo, sin embargo, los

he cantado por la novedad... y nada he visto en ellos.

BURCK.—Quería preguntaros... En nuestra provincia cantamos lo que queremos: el conde Egmont es nuestro Gobernador, y no hace caso de esas minuciosidades. En Gante, Ipern, y por toda Flandes los canta quien quiere. (Alzando la voz.) ¿Hay nada más inocente que un canto religioso? ¿No es verdad, Padre?

RUYSUM.—Ciertamente; es una devoción, un homenaje á Dios.

JETTER.—Pero dicen que no es la manera derecha, su manera de ellos; por consiguiente, siempre es peligroso y vale más abstenerse. Los familiares de la Inquisición andan por ahí rondando, y acechan. Más de un hombre honrado ha caído en desgracia. Sólo nos faltaba ahora la opresión de conciencia. Ya que no pueda hacer lo que quiera; que me dejen al menos pensar y cantar lo que se me antoje.

SOEFT.—La Inquisición no cuaja aquí. Nosotros no estamos acostumbrados, como los españoles, á dejarnos tiranizar la conciencia, y la nobleza debe también, mientras es tiempo, tratar de cortarle las alas.

JETTER.—¡Es fuerte cosa! Si á esas buenas personas les da la gana de meterse en mi casa, y yo, sentado á mi trabajo, hállome casualmente tarareando un salmo francés sin pensar de él nada, ni bueno ni malo, sino que lo tarareo porque lo tengo en el gaznate; en aquel momento me dan por hereje y me encierran. O si voy al campo y me quedo parado junto á un grupo de hombres que están oyendo un predicador nuevo, uno de

esos que han venido de Alemania, en aquel punto y hora héteme que soy rebelde y me encuentro en peligro de perder la cabeza. ¿Habéis oído alguna vez uno de esos predicadores?

SOEFT.—Son hombres de provecho. Ultimamente oí predicar á uno en el campo, delante de miles y miles de personas. Aquello estaba guisado de otro modo que lo que en el púlpito nos dan á toque de tambor y atragantando á la gente con trozos de latín. Aquél hablaba sin rodeos; decía que hasta ahora nos han llevado los curas por la nariz y nos han tenido en la ignorancia, y cómo era posible adquirir más luces; y todo lo probaba con la Biblia.

JETTER.—Algo debe de haber; yo siempre me lo digo á mí mismo, y hace mucho tiempo que me devano los sesos por eso.

BUYCK.—A todo el mundo se llevan detrás.

SOEFT.—Lo creo muy bien. Donde hay algo bueno y se puede oír algo nuevo.

JETTER.—Y después de todo, ¿qué importa eso? ¿Por qué no se ha de dejar á cada uno que predique á su manera?

BUYCK.—¡Ea, señores! Con la charla olvidáis al vino y á Orange.

JETTER.—Y no es de olvidar, porque es un buen mozo. Cuando se piensa en él, parece que se podría uno esconder detrás sin que el mismo diablo pudiese encontrarle. ¡Viva Guillermo de Orange! ¡Viva!

Todos. ¡Viva! ¡Viva!

SOEFT.—Ahora, brinda tú, veterano.

RUYSUM.—¡Por los veteranos! ¡Por todos los soldados!
¡Viva la guerra!

BUYCK.—¡Bravo, abuelo! ¡Por todos los soldados!
¡Viva la guerra!

JETTER.—¡La guerra, la guerra! ¿Sabéis lo que decís? Que esa palabra os salga de la boca con facilidad, es natural; pero lo que á nosotros nos apesadumbra no podría deciroslo. Estar oyendo tambores el año entero y no hablar de otra cosa, sino que por allí viene una tropa y por allá otra; que llegan á un cerro y se paran al lado de un molino, y cuántos se han quedado allí y cuántos acullá; y cómo se atacan, y unos ganan y otros pierden, sin que en los días de vuestra vida sepáis quién gana ó quién pierde algo. Cómo se tomó la ciudad y se asesinó á los vecinos, y las pobres mujeres y los inocentes niños perecieron. Es una aflicción angustiosa el pensar á cada momento: «¡Ya vienen; nos va á suceder lo mismol»

SOEFT.—Por eso es bueno que el ciudadano se adiestre continuamente en el ejercicio de las armas.

JETTER.—¡Ya se ejercita el que tiene mujer é hijos! Sin embargo, prefiero oír hablar de soldados á verlos.

BUYCK.—Eso podría yo tomarlo á mal.

JETTER.—No reza con vos, compatriota. ¡Cuando nos veamos libres de la ocupación española, respiraremos!

SOEFT.—¡Ya lo creo! Para ti, ¡pesada carga han sido!

JETTER.—¡Búrlese de sí mismo!

SOEFT.—Te se alojaron de firme.

JETTER.—¡Ten la lengua!

SOEFT.—Te echaron de la cocina, de la bodega, del cuarto, de la cama... (Ríen.)

JETTER.—Eres un necio.

BUYCK.—¡Paz, señores! ¡Tiene que hablar de paz el soldado! Pues bien; ya que no queréis nada con nosotros, brindad vosotros mismos un brindis cívico.

JETTER.—Para eso estamos dispuestos. ¡Á la seguridad! ¡Á la paz!

SOEFT.—¡Al orden! ¡Á la libertad!

BUYCK.—¡Bravo! También eso nos contenta.

(Chocan los vasos y repiten alegremente las palabras, de manera que cada uno contesta á la del otro, formándose una suerte de canon. El viejo escucha, y al fin se une á ellos.)

Todos.—¡Á la seguridad! ¡Á la paz! ¡Al orden! ¡Á la libertad!

Palacio de la Regente.

MARGARITA de Pařma en traje de caza. CORTESANOS, PAJES, CRIADOS.

REGENTE.—Queda suspendida la caza; hoy no monto á caballo. Decid á Maquiavelo que venga. (Vanse todos.) ¡La idea de estos sucesos terribles no me deja sosegar! ¡Nada puede regocijarme ni distraerme; siempre tengo ante mí estas imágenes, estos temores! Ahora dirá el Rey que tales son las consecuencias de mi bondad, de mi indulgencia; y, sin embargo, mi conciencia me dice á

cada momento que he hecho lo más prudente y lo mejor. ¿Debí atizar esta llama, en el furor de la tormenta, para extenderla? La esperanza mía era, aislándola, sofocarla. Sí; todo lo que digo bien sé yo que me disculpa conmigo misma; pero, ¿cómo lo tomará mi hermano? Porque, ¿cómo negarlo? La soberbia de los que enseñan la doctrina extranjera, sube de punto cada día. Han blasfemado de nuestro santuario; han trastornado el sentido del pueblo sencillo, conjurando debajo de sus pies el espíritu del vértigo. Almas ruines mezcláronse entre los revoltosos, provocando hechos horrendos, cuyo solo pensamiento espanta, de los cuales debo dar cuenta detallada á la corte sin pérdida de tiempo, á fin de que la voz general no se me adelante, y no piense el Rey que se le quiere ocultar aun algo. No veo medio alguno, fuerte ni suave, para reprimir el mal. ¡Oh! ¿Qué somos los grandes de la tierra en el oleaje humano? ¡Creemos dominarlo y nos arrastra de la cima al fondo y de uno á otro lado!

MAQUIAVELO entra.

REGENTE.—¿Están escritas las cartas para el Rey?

MAQUIAVELO.—Dentro de una hora podréis firmarlas.

REGENTE.—¿Habéis hecho la relación bastante detallada?

MAQUIAVELO.—Detallada y circunstanciada, como le gusta al Rey. Explico que la furia de los iconoclastas mostróse primeramente en San Omer, atacando la ple-

be desenfadada, provista de estacas, hachas, martillos, escalas y cuerdas, y acompañada de pocos hombres armados, las capillas, iglesias y conventos, arrojando fuera á los fieles, forzando las puertas cerradas, trastornándolo todo, derribando altares, despedazando las esculturas de los santos, estropeando los cuadros, haciendo añicos, desgarrando y pisoteando cuanto se relaciona con lo consagrado y bendito. Que aumentándose en el camino la muchedumbre, abriéronle sus puertas los habitantes de Ipern. De qué modo, con rapidez increíble, saquearon la catedral y pusieron fuego á la biblioteca del obispo. Cómo gran número de gente del pueblo, atacada de igual insensatez, extendióse por Menin, Comines, Berwick y Lila, sin encontrar resistencia en parte alguna, estallando y cundiendo en toda Flandes la tremenda conjuración en un momento.

REGENTE.—¡Ay! Al volver á oír tu relato de nuevo, se apodera de mí el dolor y le acompaña el miedo. ¡El mal crecerá, irá en aumento! Dime tu pensamiento, Maquiavelo.

MAQUIAVELO.—Perdone vuestra alteza. ¡Mis pensamientos se parecen tanto á quimeras! Por otra parte, aunque siempre pareció satisfecha de mis servicios, raras veces quiso seguir mis consejos. Con frecuencia me decía en broma: «Vas demasiado lejos, Maquiavelo. Deberías ser historiador; el que gobierna tiene que cuidarse de lo más próximo.» Y, sin embargo, ¿no he contado esta historia por adelantado? ¿No lo he previsto todo?

REGENTE.—Yo también preveo mucho, sin poderlo cambiar.

MAQUIAVELO.—Una sola palabra que valga por muchas. No oprimáis la nueva doctrina. Dejadla separada, sí, de los verdaderos ortodoxos; dadle iglesias; encerradla en las ordenanzas urbanas, y de ese modo apaciguaréis á los alborotadores. Cualesquiera otros medios serán inútiles y asolaréis el país.

REGENTE.—¿Has olvidado la aversión con que rechazó mi hermano la sola pregunta de si podrían tolerarse las nuevas doctrinas? ¿No sabes cuán encarecidamente me recomienda, en cada una de sus cartas, el sostenimiento de la verdadera fe? ¿No sabes que no quiere restablecer la tranquilidad ni la unidad á costa de la religión? ¿No tiene él mismo, en las provincias, espías que no conocemos, para saber quiénes se inclinan á las ideas nuevas? Con gran sorpresa nuestra ¿no nos ha nombrado ésta y aquella persona de las que nos rodean, culpable en secreto, de herejía? Ordena él la fuerza, el rigor, ¿y quieres que yo sea blanda? ¿Había de tolerarme, de aguantar que le hiciese proposiciones? ¿No me retiraría más bien el crédito, su confianza toda?

MAQUIAVELO.—Lo sé; el Rey ordena y os hace saber sus intenciones; fuérzaos á restablecer la paz por un medio que hace los ánimos aún más acerbos, que irremediablemente, al fin, atizará la guerra. Reflexionad lo que vais á hacer. Los comerciantes más fuertes, la nobleza, el pueblo, los soldados, todos están contagiados. ¿De qué sirve persistir en un pensamiento, cuando á

nuestro alrededor todo cambia? ¡Ojalá algún buen espíritu inspirase á Don Felipe que le está mejor á un rey regir ciudadanos de dos creencias, que destruir los de una por los de otra.

REGENTE.—¡No vuelvas á decir jamás semejantes cosas! Bien sé que raras veces la lealtad y la fe se concilian con la política; que la franqueza, la bondad, la tolerancia están excluidas de nuestros corazones. En los asuntos mundanos, así es, por desdicha. Pero, ¿hemos de jugar con Dios, como lo hacemos unos con otros? ¿Habremos de permanecer indiferentes, tratándose de nuestra probada doctrina, por la cual tantos han sacrificado sus vidas? ¿Hemos de rendirnos á estas recién llegadas inciertas novedades, que se contradicen entre sí?

MAQUIAVELO.—No vayáis á pensar por esto mal de mí.

REGENTE.—Te conozco, y conozco tu lealtad, y sé que un hombre puede ser honrado é inteligente, aunque pierda el camino más cercano y mejor para la salvación de su alma. Hay otros, Maquiavelo, otros hombres á quienes debo estimar y vituperar á la vez.

MAQUIAVELO.—¿A quién os referís?

REGENTE.—Confieso que Egmont me ha causado hoy profundísimo disgusto.

MAQUIAVELO.—¿De qué manera?

REGENTE.—De la que acostumbra: por su indiferencia y por su ligereza. Recibí al terrible mensajero, precisamente cuando, acompañada por muchos y por él, salía de la iglesia. No pude contener mi dolor, lamentéme en

voz alta, y volviéndome á él exclamé: «¡Ved lo que ha pasado en vuestra provincia! ¿Eso toleráis, Conde, vos, de quien el Rey todo se lo prometía?»

MAQUIAVELO.—¿Y qué respondió?

REGENTE.—Como si nada fuera; como si se tratara de una cosa secundaria, replicó: «Si los Países Bajos estuviesen tranquilos, por lo que se refiere á su constitución, el resto se arreglaría fácilmente.»

MAQUIAVELO.—Quizá ha hablado con más verdad que devoción y prudencia. ¿Cómo ha de nacer y persistir la confianza, si los flamencos ven que más se las han con sus bienes y posesiones que con la salvación de sus almas? ¿Han salvado más almas que gozado gordas prebendas los nuevos obispos? Y ¿no son extranjeros la mayor parte de ellos? Verdad es que los gobiernos todos están en manos de neerlandeses; pero, ¿no dejan ver los españoles bien claro que sienten la mayor y más irresistible codicia por esos puestos? ¿No ha de preferir un pueblo ser gobernado á su manera y por los suyos que por extranjeros, que sólo tratan de hacerse propietarios en el país á costa de todos; que traen consigo su norma y su medida extranjera, y mandan con desabrimiento y sin afecto?

REGENTE.—Te pones de la parte contraria.

MAQUIAVELO.—Con el corazón, no por cierto; y quisiera poder estar con el entendimiento completamente de la nuestra.

REGENTE.—Si fuera á hacerte caso, sería necesario cederles mi regencia, pues Egmont y Orange se forjan

grandes esperanzas de ocupar este puesto. Antaño eran contrarios; ahora hanse unido contra mí, y son inseparables amigos.

MAQUIAVELO.—¡Peligrosa pareja!

REGENTE.—Si he de ser justa, diré que temo á Orange y temo por Egmont. Orange no cavila nada bueno; sus pensamientos tienen mucho alcance; es reservado; parece aceptarlo todo; no contradice jamás, y con el más profundo respeto y la mayor consideración, hace lo que le acomoda.

MAQUIAVELO.—Precisamente lo contrario de Egmont; va á paso franco, como si el mundo fuese suyo.

REGENTE.—Con la cabeza tan erguida como si la mano del Rey no se agitase sobre ella.

MAQUIAVELO.—Fijos están en él los ojos del pueblo y todos los corazones se le aficianan.

REGENTE.—Nunca se recata de las apariencias, como si nadie hubiera con derecho á pedirle cuentas. Sigue llevando el nombre de Egmont; gusta de oírse llamar el conde Egmont, como si holgase de no olvidar que sus antecesores fueron los dueños de Flandes. ¿Por qué no ha de hacerse llamar príncipe de Gaure, como es de razón? ¿Por qué hace esto? ¿Pretende de nuevo hacer valer derechos extinguidos?

MAQUIAVELO.—Lo tengo por un leal servidor del Rey.

REGENTE.—¡Si él quisiera! ¡Cuántos servicios podría hacer á la Regencia, en lugar de que ya, sin utilidad para él, nos ha causado indecible disgusto! Sus reuñio-

nes, sus festines y francachelas han unido y enlazado más á la nobleza que las más peligrosas alianzas secretas. Con sus libaciones y brindis, ha producido á sus comensales una embriaguez permanente, un vértigo que no se disipa. ¿Con cuánta frecuencia no pone en conmoción, con sus discursos chanceros, los ánimos en el pueblo, y cómo los asombra y emboba con las libreas nuevas y las insensatas divisas de sus criados?

MAQUIAVELO.—Estoy convencido que lo hizo sin intención.

REGENTE.—Tanto peor. Dígoos que nos ofende á nosotros sin lucrarse él. Toma lo serio en broma, y nosotros, para no parecer baldíos ni flojos, tomamos la broma en serio. Así, una cosa excita la otra y se hace precisamente aquello que se trataba de evitar. Es más peligroso que un cabecilla declarado de conjurados, y mucho me engañaré si en la corte no le llevan cuenta y razón de todo. No puedo negar que pasa poco tiempo sin que me lastime mucho.

MAQUIAVELO.—Me parece que obra en todo de acuerdo con su conciencia.

REGENTE.—Su conciencia tiene un espejo complaciente. Con frecuencia es ofensiva su conducta. Diríase que vive en el pleno convencimiento de que es el señor y por condescendencia no nos lo quiere hacer sentir ni echarnos lisa y llanamente del país, porque eso se hará de suyo.

MAQUIAVELO.—No interpretéis, os ruego, de modo tan peligroso su franqueza, su desenfado natural, ese su

modo de tratar á la ligera las cosas de importancia. Le perjudicáis á él y os perjudicáis.

REGENTE.—No interpreto; hablo solamente de consecuencias inevitables, y le conozco. Su nobleza flamenca y el toisón de oro que lleva en su pecho fortalecen su confianza y su audacia. Ambas cosas pueden escudarle contra un repentino y arbitrario enfado del Rey. Exáminalo bien: él solo tiene la culpa de todas las desgracias que han venido sobre Flandes. Él fué el primero que toleró la doctrina extranjera; no fué escrupuloso, alegrándose tal vez en secreto de darnos algo que hacer. ¡Déjame con esta ocasión desahogar mi pecho! Y no en vano he de disparar la flecha. Sé dónde está su parte sensible, porque también es vulnerable.

MAQUIAVELO.—¿Habéis dado orden de reunir el consejo? ¿Asistirá á él Orange?

REGENTE.—He enviado á Amberes á buscarlo. Quiero descargar sobre ellos el peso de la responsabilidad. O vienen conmigo seriamente al encuentro del mal, ó se declaran rebeldes. Apresúrate para que las cartas estén pronto terminadas, y tráemelas á la firma. Después, envía presto á Madrid á nuestro probado Basca; es incansable y fiel. Que mi hermano sepa por él la noticia; no se le adelante el rumor. Yo misma he de hablarle en persona antes que parta.

MAQUIAVELO.—Vuestras órdenes se cumplirán con puntualidad y presteza.

Casa burguesa.

CLARA, su MADRE y BRACKENBURGO

CLARA.—¿No queréis tenerme la madeja, Brackenburg?

BRACKENBURGO.—Dispensadme, Clarita, por favor.

CLARA.—¿Qué tenéis? ¿Por qué me negáis este pequeño servicio de amistad?

BRACKENBURGO.—Me tenéis con el hilo tan hechizado, que no puedo rehuir vuestros ojos.

CLARA.—¡Tontería! ¡Vamos, tened!

MADRE.—(Sentada, tejiendo con agujas.) Cantad algo: ¡Brackenburg acompaña tan bien! En otro tiempo, siempre estabáis alegres y me hacíais reír.

BRACKENBURGO.—¡En otro tiempo!

CLARA.—Vamos á cantar.

BRACKENBURGO.—Como queráis.

CLARA.—Pero ha de ser mi canción militar favorita.

(Devana el hilo y canta con Brackenburg.)

Ya suenan tambores;
Ya el clarín se siente;
Es mi dueño amado
Que manda su gente.
En alto la lanza,
Caudillo valiente,
Mi sangre se agita,
Late el corazón.

¡Quién tuviera calzas,
Sombbrero y jubón!
Con paso animoso
Tras él me saliera,
Provincias cruzara,
Doquier le siguiera.
¿Ya ceja el contrario?
¡Fuego en él, que asombre!
¡Oh dicha inefable
Tener facha de hombre!

(Durante el canto, Brackenburgo mira con frecuencia á Clarita; al fin le falta la voz, y acuden lágrimas á sus ojos; deja caer la madeja y va á la ventana; Clarita acaba de cantar sola. Su madre le hace seña medio incomodada. Ella se levanta y le sigue algunos pasos; párase luego indecisa, y se vuelve á sentar.)

MADRE.—¿Qué hay en la calle Brackenburgo? Oigo pasos.

BRACKENBURGO.—Es la Guardia de Corps de la Regente.

CLARA.—¿Á esta hora? ¿Qué significará esto? (Levántase y va á la ventana con Brackenburgo.) ¡No es la guardia de todos los días, son muchos más! ¡Casi toda la tropa! ¡Oh, Brackenburgo, id é informaros qué es lo que ocurre! Debe ser algo desacostumbrado. ¡Mi buen Brackenburgo, hacedme la gracia de ir!

BRACKENBURGO.—¡Voy y vuelvo al momento! (Al salir él le alarga la mano, ella le da la suya.)

MADRE.—¡Ya le echas otra vez!

CLARA.—Soy curiosa; además, no os incomodéis, su

presencia me hace daño. No siempre sé cómo debo estar con él; no tengo de mi parte la razón, y me duele el alma de que él lo sienta tan al vivo. Sin embargo, no lo puedo remediar.

MADRE.—¡Es un muchacho tan leal!

CLARA.—¡Por eso no lo puedo abandonar! Tengo que recibirlo con cariño amistoso. Inadvertidamente á veces, mi mano se aprieta, cuando él me da la suya de manera tan suave, tan tierna. Hágome cargos á mí misma de que le engaño, de que estoy alimentando en su corazón una esperanza vana. Hago mal. Pero Dios sabe que no quiero engañarle. Yo no quiero que él espere, pero no puedo dejarle en la desesperación.

MADRE.—Eso no está bien hecho.

CLARA.—Túvele afición, y aún hoy le quiero bien. Hubiera podido casarme con él, y creo que nunca le tuve amor.

MADRE.—Siempre serías feliz con él.

CLARA.—Estaría colocada y tendría una vida tranquila.

MADRE.—Y todo se ha perdido por tu culpa.

CLARA.—Estoy en una situación extraña. Cuando me pongo á pensar cómo esto ha ocurrido, lo sé muy bien y no lo sé. Y después, al volver á ver á Egmont, lo comprendo todo perfectamente y comprendería mucho más. ¡Ah! ¡Qué hombre! Todas las provincias le adoran. ¿No había yo de ser en sus brazos la criatura más feliz del Universo?

MADRE.—Y el porvenir ¿cómo será?

CLARA.—¡Ah! Yo sólo pregunto si me ama, y esto ¿hay que preguntarlo?

MADRE.—No tiene uno más que penas con sus hijos. ¿Qué resultará de aquí? ¡Siempre cuidados y disgustos! ¡Esto no acabará bien! Te has hecho y me has hecho desgraciada.

CLARA (con tranquilidad).—Sin embargo, lo habéis consentido en un principio.

MADRE.—Desgraciadamente fui demasiado buena, como lo soy siempre.

CLARA.—Cuando Egmont pasaba á caballo por delante de casa y yo corría á la ventana, ¿me regañabais por eso? ¿No veníais á la ventana vos también? ¿Cuando miraba hacia arriba, se sonreía, movía la cabeza, me saludaba, os parecía mal? ¿No os encontrabais honrada en vuestra hija?

MADRE.—¡Hazme todavía reconvenciones!

CLARA (alterándose).—Cuando después cruzaba la calle más á menudo y comprendimos bien que era por mí, ¿no lo advertisteis vos con secreta alegría? ¿Me apartasteis de la ventana cuando detrás de los cristales le esperaba?

MADRE.—¿Pensaba entonces acaso que esto llegaría tan lejos?

CLARA (con voz ahogada y lágrimas contenidas).—Y cuando una noche, envuelto en su capa, nos sorprendió á la luz de la lámpara, ¿quién se afanó en recibirle, al quedarme yo inmóvil y como sujeta con cadenas á la silla?

MADRE.—¿Y podía yo temer que aquel desdichado

amor había de vencer tan pronto á la juiciosa Clarita? Ahora tengo que aguantar que mi hija...

CLARA (rompiendo á llorar).—¡Madre! No deseáis otra cosa ni tenéis más placer que afligirme.

MADRE (llorando).—Ahora llora, encima de todo. ¡Hazme aún más desgraciada con tu tristeza! No es todavía bastante pena que mi hija sea una muchacha perdida.

CLARA (poniéndose en pie y fríamente).—¡Perdida! ¡La amada de Egmont perdida! ¿Cuál es la princesa que no envidia á la pobre Clarita el lugar que ocupa en su corazón? ¡Oh, madre, madre mía! ¡En otro tiempo no hablabais así! ¡Madre querida, sed buena! Piense el pueblo lo que quiera; murmuren las vecinas. Este cuarto, esta casita es un cielo desde que vive en ella el amor de Egmont.

MADRE.—¡Cierto que no puede una menos de quererle! ¡Es siempre tan cariñoso, tan franco y tan expansivo!

CLARA.—En él no hay falsedad, y sin embargo, madre, advertid que es el gran Egmont. Y cuando viene á mi lado, ¡qué amable, qué bueno es! ¡Cómo procura disimular su alta posición, su valentía! ¡Qué atenciones tiene conmigo! Para mí no es más que un hombre, un amigo, un amante.

MADRE.—¿Vendrá hoy?

CLARA.—¿No me veis ir á cada momento á la ventana? ¿No habéis advertido que escucho el ruido de la puerta? Aunque ya sé que no viene hasta la noche, lo presiento á cada momento desde que me levanto por la

mañana. ¡Ah, que no fuera yo un muchacho que pudiese ir siempre con él á la corte, á todas partes! ¡Llevar su bandera en la batalla!

MADRE.—Siempre has sido una aturdida desde chiquita; unas veces loca de alegría, otras pensativa. ¿No te vas á vestir un poco mejor?

CLARA.—Quizás, madre, si me aburro. Figuraos que ayer pasaron por aquí algunos de sus hombres cantando alabanzas suyas. Por lo menos, estaba su nombre en las canciones; el resto no lo pude entender. Mi corazón se puso á palpar tan fuerte, que hasta en el mismo cuello sentía sus latidos. Si no fuera por vergüenza, los hubiera llamado para que volviesen á pasar.

MADRE.—¡Ten cuidado! Tu vehemencia natural lo echa todo á perder; te descubres por completo delante de las gentes, como el otro día con tu primo, cuando encontraste aquel grabado con el letrero, y gritaste: ¡El conde Egmont! Yo me puse encendida.

CLARA.—¡No había de gritar! Era la batalla de Gravelinas y encontré encima de la figura la letra *C.*; busqué abajo; en la descripción *C.*, decía: «El Conde Egmont, al matarle su caballo.» No me pude contener y me eché á reír al ver la figurita de Egmont, que era tan grande como la torre de Gravelinas que estaba junto á él, y como los barcos ingleses del otro lado. Cuando recuerdo muchas veces cómo me figuraba yo antes una batalla, y qué idea me formaba de chica del conde Egmont al oír hablar de él y de los otros condes y príncipes, ¡y ver lo que ahora me pasa!

BRACKEMBURGO entra.

CLARA.—¿Qué hay?

BRACKEMBURGO.—No se sabe nada con seguridad. Debe haber habido trastornos en Flandes, y la Regente tendrá sus temores de que se extiendan hasta aquí; han puesto fuerte guarnición en el Castillo. Los vecinos, en gran número, están en las puertas de sus casas; en las calles cuchichea el pueblo. Voy á prisa á reunirme con mi anciano padre. (Parece que va á irse.)

CLARA.—¿Os veremos mañana? Voy á arreglarme un poco; va á venir mi primo, y estoy muy descompuesta. Madre, venid á ayudarme un momento. Llevaos el libro, Brackemburgo, y traedme otra historia como esa.

MADRE.—¡Adiós!

BRACKEMBURGO (alargando su mano).—Vuestra mano.

CLARA (rehusando).—A la vuelta. (Vanse la madre y la hija.)

BRACKEMBURGO.—Hábame propuesto marchar inmediatamente, y al ver que no se le da nada y que me deja ir, me desespero. ¡Desventurado! ¿No te mueve tu patria en estos peligros crecientes? ¿Te importa lo mismo el español que el compatriota? ¿El que tiene el poder que el que tiene derecho? ¿Qué diferente era yo cuando muchacho y nos daban en la escuela como ejercicio de retórica: «Discurso de Bruto sobre la libertad!» Entonces Federico era siempre el primero, y el rector decía: «¡Si fuese más moderado y no lo atropellase todo!» En aquel tiempo tenía fuego y energía; ahora, me arrastro

ante una muchacha. ¡Si pudiese dejarla! ¡Si ella pudiese amarme! ¡Ah!... no... ella... ella no puede haberme rechazado del todo... ¡Ni del todo... ni á medias... ni nada! Yo no aguanto más. ¿Será cierto, como me ha dicho con mucho sigilo un amigo, que recibe por las noches en secreto á un hombre, después de haberme hecho salir de su casa, púdicamente antes de anochecer? ¡No es cierto, es mentira; vergonzosa y calumniosa mentira! Clarita es tan inocente como yo desgraciado. ¡Me ha desdeñado, me ha desterrado de su corazón!... ¿He de vivir así? No; no lo soporto. Conmueven á la patria violentas discordias intestinas, y en el tumulto languidezco. Cuando suene la trompeta y un tiro me atraviese hasta la médula de los huesos... ni esto me excita, ni esto me provoca á tomar las armas, á defenderme como los otros, á correr al peligro. ¡Situación miserable é ignominiosa! Mejor es acabar de una vez. Días pasados me arrojé al agua, fuíme al fondo, pero las ansias de la naturaleza pudieron más; sentí que sabía nadar, y á pesar mío me salvé. ¡Si pudiese olvidar los tiempos en que me amaba, en que parecía amarme! ¿Por qué me penetró la felicidad hasta lo más recóndito? ¿Por qué estas esperanzas me han minado todo goce en la vida, mostrándome á lo lejos un paraíso? ¡Y aquel primer beso! ¡Aquel único beso! Aquí (poniendo su mano en la mesa), aquí estábamos solos. Siempre había sido buena y amable para mí, pero entonces pareció que se enternecía... Miróme... todos mis sentidos se desvanecieron y sentí en los míos sus labios... y... ¿ahora? ¡Muere, infeliz! ¿De

qué te asustas? (Saca un frasquito del bolsillo.) ¡No en vano te habré sustraído del estuche profesional de mi hermano, salutífero veneno! Tú vas á librarme para siempre de esta miseria, de este vértigo, de estos sudores de muerte.